



Este periódico tiene la honra de contar como suscritores á S. M. la Reina, S. M. la Reina
Doña Maria Cristina y S. S. AA. RR. los Sermos. Dres. Infantes
D. Francisco de Paula y D. Sebastian.

AÑO 2.

ÉPOCA 2.^a

NÚM. 16.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En VALENCIA: Un mes, ó sean cuatro números, 6 rs.
Tres meses 18 rs. — Seis meses 54 rs. — Un
año 66 rs.

ADMINISTRACION:

Plaza de San Jorge, imprenta de José Rius.

Se publica todos los domingos.

Valencia 20 Noviembre 1864.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En PROVINCIAS: Tres meses 24 rs. — Seis meses
42 rs. — Un año 80 rs. — Estrangero y Ultra-
mar un año 120 rs.

SUMARIO.

Revista de Valencia, por D. Gerónimo Flores.
—El Vaticinio, por D. Felix Pizcueta. —Madrid,
por D. J. Selgas y Carrasco. —A S. M. la Reina
Doña Isabel II, en sus dias (soneto), por D. Ge-
rónimo Flores. —Diez y nueve de Noviembre (poe-
sia), por D. Damaso Delgado Lopez. —Las Mari-
posas (soneto), por D. Salvador Lopez Guijarro.
—La hija del coronel Despard: novela original
por D. Alejandro Buchaca y Freire (continua-
cion). —Iglesia de Echternach.

Láminas. Ruinas de la antigua iglesia aba-
día de Echternach (Luxemburgo). —Vista de la
estacion de Alcira y almacenes en la noche de
la inundacion.

REVISTA DE VALENCIA.

Sensible nos es tomar la pluma
cuando hemos de dar cuenta de
sucesos calamitosos.

Valencia toda está consternada,
sus habitantes solo tienen ante su
vista un sinnúmero de desgracias
producidas por la terrible inundacion, y todas
las clases de la sociedad, sin distincion alguna,
se apresuran á entregar sus donativos para

aliviar en parte la triste suerte de los que han
sufrido pérdidas considerables.

Hoy consagramos las primeras páginas de
nuestro semanario á renovar la memoria de
los tristes sucesos que han tenido lugar en la
provincia que un dia se llamó el jardin de
España.

Enemigos de las declamaciones vagas y dis-
cursos hiperbólicos, solo nos ocuparemos muy
en general de algunos de los acontecimientos
de los que tienen embargados los ánimos de
miles de familias hoy sumidas en la miseria.

Las vistas que iremos reproduciendo en los
números sucesivos serán para nuestros sus-
critores un fiel trasunto de las espantosas ca-
tástrofes de que ya han dado cuenta nuestros
apreciables colegas de la capital.

La que hoy damos representa la estacion
de Alcira y almacenes de la empresa del fer-
ro-carril en el momento de la inundacion.

Los empleados y trabajadores encontraron
en los tejados un medio de salvacion, pues la
máquina que para este objeto se mandó, quedó
completamente inutilizada á causa del agua
que llegaba á la calderas.

D. Salvador Martinez, gefe de tren, y Don
Manuel Pallás, telegrafista, jóvenes de 18 años,
con un arrojo é intrepidez nunca vista, salie-
ron á nado de la estacion en la mañana del 5,
consiguiendo en medio de gravísimos peligros
salvar sus vidas, dando cuenta á sus gefes del
estado en que se encontraban sus compa-
ñeros.

Nuestra imaginacion se halla afectada de
una idea dominante, y en vano nos esforzamos
por sacarla del triste círculo en que se agita.

Una época memorable se registraba en las
páginas de la historia, y recordaba los conflic-
tos á que dió lugar la inundacion de Alcira
de 1805.

Hoy la Providencia nos ha hecho recordar
que todo en este mundo no es mas que una
sombra pasajera, y de aquí que aquellos relatos
sean ahora pálidos á la vista de los que en
nuevos anales relegarán al porvenir los ater-
radores sucesos de que ha sido victima la pa-
tria del Cid.

Cuando en mas floreciente estado parecia
encontrarse nuestra Ribera, cuando sus la-
bradores estaban próximos á encontrar un
lisonjero resultado en sus intereses con la
venta de sus cosechas, una terrible calamidad
ha detenido el curso de sus halagüeñas espe-
ranzas.

Si el presente es triste, el porvenir es
espantoso, sin embargo de que aun se debe
esperar algo bueno, si como dice cierto autor,
«El mal es la sombra del bien.»

La noche del 4 de Noviembre será de eter-
na memoria para millares de infelices que es-
tán pasando por el terrible trance de buscarse
la subsistencia implorando la caridad de las al-
mas nobles y compasivas.

El pueblo valenciano ha dado en esta oca-
sion un gran egemplo de caridad, de ese su-
blime sentimiento que todo lo vence, y ante el

cual se avasallan todas las clases de la sociedad.

Varios son los pueblos que han sufrido desastres considerables, viendo perdidas lo mismo sus fincas rústicas que urbanas, pero Alcira ha estado próxima á desaparecer por completo.

Las aguas del Júcar penetraron por encima de sus murallas, salvando un metro de altura, y en un instante se vió inundada la población, poniendo en terrible conflicto á sus habitantes.

Los tristes episodios que han tenido efecto no hay pincel que pueda darles el verdadero colorido, así como tampoco hay palabras con que elogiar la abnegación de determinadas personas.

Los primeros auxilios que se recibieron en Alcira se deben al alcalde del pueblo de Algemés, que dispuso se remitiese á dicha villa todo el pan que les sobraba á sus vecinos, los cuales en persona, corriendo el mayor riesgo, los entregaron al ayuntamiento.

Sensible es que en Valencia, á imitación de lo que sucedió en otras poblaciones de importancia, no se hayan establecido los premios á la virtud, pues indudablemente, en las circunstancias actuales, hubiesen tenido el destino mas á propósito.

Alcira siempre recordará agradecida á su digno juez de primera instancia el Sr. Don Diego Alpañés, pues en los primeros momentos de confusión y sobresalto recorrió las calles, animando á las familias y suministrando mas tarde cuantos socorros le sugeria su celo y su desprendimiento.

Inmediato á su casa, y pasados los primeros momentos de aflicción, se dejó oír en la población el terrible estruendo del desplome de una de las viviendas donde se guarecieron diez y seis personas; el Sr. Alpañés, impresionado vivamente al tener noticia de que estaba habitado el edificio, dispuso inmediatamente que los vigilantes Vicente García, Pedro Mondria y Francisco Verdes, acudieran al punto de la catástrofe, y estos hombres con agua al cuello consiguieron librar de una muerte segura á seis de los que se encontraban entre los escombros, siendo todos ellos recibidos por el Sr. Alpañés en su casa, prodigándoles toda clase de cuidados (1); mas tarde la rojiza luz de unas hachas alumbraban diez cadáveres de los infelices que habian envuelto los escombros y entre los cuales se encontraban cinco inocentes criaturas.

El Excmo. Sr. D. Celestino Mas y Abad, dignísimo gobernador de nuestra provincia, arrojando los peligros consiguientes, marchando á pié por la destrozada via del camino de hierro largos ratos y otros por barrizales, penetró en la población cuando sus calles estaban inundadas de lodo y sus casas no ofrecían seguridad alguna. Sus acertadas disposiciones y espontáneas frases de cariño, lograron mitigar el aflictivo estado en que se encontraba el vecindario.

Dispuso se les suministrara todo el pan necesario, y por telégrafo dió cuenta al Gobierno de S. M. del estado á que habia quedado reducida la población.

La autoridad ejercida por el talento es la verdadera justicia.

Nuestro venerable Prelado, á pesar de su quebrantada salud, pasó al mismo punto, dirigiendo fervientes preces al Altísimo en favor de los desconsolados habitantes, y repartiendo muchas limosnas sin perjuicio de los donativos que ha hecho á su regreso.

Muchos individuos y corporaciones han suministrado considerables cantidades de pan y otros artículos, mereciendo nuestro mayor elogio los rasgos de la mayor filantropía que han tenido lugar y que sentimos en extremo

no estar autorizados para hacerlos públicos.

La suscripción iniciada por la Diputación provincial sigue dando resultados satisfactorios, y sus dignos componentes, constituidos en sesión permanente acuerdan los medios de socorrer la desgracia y de facilitar los recursos necesarios para hacer frente á tanta calamidad.

Desde nuestra humilde redacción mandamos los mas sinceros plácemes á todos y á cada uno en particular por la asiduidad con que trabajan en proporcionar un lenitivo á los pesares de los desgraciados.

Como si esta cruel catástrofe no fuese bastante á tener en continua conmoción los ánimos, hoy vemos los campos completamente inutilizados, no sólo por las arenas y piedras que en ellos han dejado las aguas, sino tambien por la falta de riego, riqueza la mas importante de nuestra Ribera.

La Real Acequia del Júcar y la gran obra del azúd de Antella han sido completamente destruidas; y si á las pérdidas que esto ocasiona, añadimos el coste de las nuevas construcciones, representa una suma de muchos millones.

La riqueza rústica, urbana y pecuaria ha tenido pérdidas incalculables, y los datos que resultarán del detenido exámen que se empezará á hacer, harán elevar las cifras considerablemente.

Afortunadamente, en medio de tanto cúmulo de desgracias, encuentran los desgraciados en su triste camino una Reina, digo mal, una Madre que participando de sus infortunios se dispone á vender sus alhajas, si con lo que le es susceptible dar no hay suficiente para socorrer la desgracia.

Isabel II, la caritativa, ha suspendido el baile que tenia dispuesto con motivo de ser el día 19 su santo, y los productos que en él se habian de invertir, están hoy socorriendo las necesidades de los pueblos inundados.

Nobles patricios se han apresurado en Madrid á inscribir sus nombres en las listas de donativos, y ajenos completamente algunos de ellos á las pérdidas que estos sucesos les han ocasionado, no han vacilado en dar respetables sumas.

Confesamos no encontrar palabras que enaltezcan cual es debido la conducta de cuantos han contribuido á aminorar las desgracias.

No queremos dejar de consignar el noble proceder de los bomberos de Valencia y Murviedro que, con una abnegación que les honra, han trabajado asiduamente en Alcira apuntalando las casas ruinosas y prestando servicios de la mayor importancia.

El Sr. Lerena, digno comandante de la seccion de bomberos, debe estar orgulloso del proceder de sus subordinados, que en esta ocasion han dado ejemplo de la mayor honradez, entregando al Ayuntamiento cuantas cantidades y efectos de valor han estraído de las ruinas.

Dios quiera sean estos sucesos las últimas páginas del libro de los infortunios.

GERÓNIMO FLORES.

EL VATICINIO.

El sol acababa de ocultarse tras los elevados riscos de los Alpes.

Una gitana vestida de miserables harapos, sucia, macilenta, enfermiza, llevando en sus brazos una hermosa criatura de pocos meses, se disponia á pasar la noche en el hueco de una Peña después de haber comido con avidez algunos secos mendrugos de pan.

El suelo estaba cubierto de nieve.

El aire penetraba silbando por las hendiduras de las peñas.

La infeliz gitana temblaba de frio y procuraba abrigar en su seno á su inocente hijo.

El silencio mas profundo reinaba en todo el valle.

Por un momento se oyeron los ecos lejanos de una campana que llamaba á la oración, y después todo volvió á quedar en el mas absoluto reposo.

— ¡Qué vida, Dios mio! murmuró la infeliz gitana derramando un torrente de lágrimas, siempre sola, siempre errante por los desiertos, siempre ocultándome á las miradas de los hombres, que me persiguen con un odio injustificado, que me llenan de injurias, que me escupen á la cara el veneno de su fanatismo y que me obligan á morir lentamente de miseria y de frio. ¡Qué soledad! ¿Y no habrá por estos contornos ninguna alma caritativa que se apiade de mi situación y me preste algun socorro?

La infeliz muger inclinó la cabeza á un lado como para escuchar mejor.

Parecía que mezclada con los silbidos del viento llegaba hasta ella una voz.

No se engañaba, á poca distancia de allí se oía una voz de hombre que cantaba con acento sentido una linda romanza del pais.

— ¡Ah del valle! gritó la gitana con todas sus fuerzas.

— ¿Quién me llama? contestó la misma voz interrumpiendo de pronto su canción.

— Una desgraciada que necesita de vuestros socorros para no morirse de hambre y de frio.

— ¿En dónde estais?

— Aquí; en el hueco de la Peña que hay á la izquierda del sendero que baja del monte.

Reinó el silencio breve momento por segunda vez, y luego se presentó á la entrada de la cueva un jóven pastor vestido pobremente, pero en cuya agradable fisonomía se veían rasgos notables de natural inteligencia.

— Pero ¡Dios mio! gritó el jóven dando muestras de compasión, vais á morir helados vos y vuestro hijo; ¿quién os manda refugiarnos en este sitio con un frio tan intenso?

— La miseria, hijo mio; contestó llorando la pobre muger.

— ¿No teneis, pues, albergue?

— Mi albergue es todo el mundo, mi familia esta desgraciada criatura que llevo en mis brazos.

— ¿No sois de este pais?

— Soy estrangera; nací segun creo en Dinamarca, me casé en Francia y he sido madre en Italia; mi origen está pintado en mi rostro, mi ocupación es vagar y el odio de los hombres me persigue por todas partes. Hace dos meses murió mi marido y hace tres dias me he visto obligada á abandonar los Estados Pontificios, á causa del reciente edicto de Su Santidad contra los gitanos; me veo obligada á esconderme en los desiertos como una fiera, á alimentarme con las raíces de los árboles y ya lo veis, en mi cuerpo y en el de mi hija no queda ya un solo átomo de calor.

— ¡Por vida de...! exclamó el jóven pastor enjugándose una lágrima con el dorso de su curtida mano, es una infamia el proceder de ciertas gentes para con los pobres. ¿Qué males pueden sobrevenir á los Estados del Sumo Pontífice de que una infeliz muger habite en ellos ó no.

— Soy gitana y como tal, hechicera.

— Vamos, callad; dá corage pensar en esas cosas; que nosotros, pobres gentes sin instrucción de ningún género, creamos en las hechicerías, tiene su razon de ser en nuestra propia ignorancia; pero que personas que por su posición y por sus estudios debieran ser como el espejo donde nos mirásemos los demás, den crédito á esas paparruchas, es lo que no puede uno presenciar á sangre fría. Vamos, buena muger, dejad ya de llorar y de entristecerme á mí con vuestro llanto. Necesitais fuego, ¿no es verdad? pues bien, yo voy á cortar leña de los árboles inmediatos; os encenderé una hoguera que vos procuréis después ir alimentando, os dejaré un

(1) Esta vista la daremos en el número próximo.

pedazo de pan y queso que son mis únicos manjares y despues me iré al convento, de que es prior un tío mío, á dar mi cotidiana lección de latin.

Y diciendo y haciendo el noble jóven cortó leña, encendió fuego, puso junto á la gitana una pila de troncos, y dándole un pedazo de pan negro y un troz de queso duro que habia sacado de sus alforjas, le dijo:

—Adios, pobre muger; mañana al amanecer pasaré otra vez por aquí y os traeré de paso alguna cosa para desayunaros. Yo guardo los cerdos de un rico labrador de estos contornos y mi corral está en la vertiente opuesta de esa montaña. Que el cielo os proteja.

—Espera, noble jóven, dijo la gitana levantándose, no puedo recompensar de otra manera tus favores que diciéndote la buena ventura. Dame si gustas tu mano.

El pastor obedeció sonriendo y la infeliz vagamunda fijó sus febriles ojos en las venas del dorso.

Aquel era un cuadro solemne y fantástico á la vez.

La hora, el lugar, la estraña figura de la gitana, el pintoresco trage del jóven, y sobre todo la opaca claridad de la improvisada hoguera, daban á aquella escena un carácter tan imponente, que el jóven pastor, á pesar de su incredulidad, se sentía profundamente conmovido.

La gitana pronunció entre dientes algunas palabras misteriosas y despues, levantando la cabeza, clavó una mirada profunda en el rostro de su interlocutor.

—¿Cómo te llamas? le preguntó con avidéz despues de un momento de observacion.

—Felix Perretti.

—Pues bien, continuó la gitana irguiéndose con orgullo y dando á sus palabras el tono solemne de una profecía, Felix Perretti, tú serás Papa.

El semblante del pastor se cubrió instantáneamente de una palidez mortal, los violentos latidos de su corazon se percibian distintamente, un sudor frio corria por todo su cuerpo y tuvo necesidad de apoyarse en la pared para no caer sin fuerzas en el suelo.

—Buena muger, exclamó con voz temblorosa, me habeis pagado con una burla muy cruel los pequeños favores que os he prestado. Eso es muy poco caritativo.

—No me burlo, jóven; gritó la gitana con el tono de la mas profunda conviccion, mis padres me enseñaron á leer el porvenir de una persona en las venas de sus manos, en el fuego de sus ojos y en los pliegues y arrugas de su frente. Esta ciencia de la que vuestros sábios doctores de Europa no saben nada absolutamente, fue inspirada por el cielo á los antiguos sacerdotes de Egipto. Nadie sabia mejor que ellos los misteriosos arcanos de la naturaleza, conocian la astronomia lo mismo que la medicina, la alquimia igualmente que la mecánica; mientras vosotros dormiais el sueño de la barbarie, mientras la Europa se ocupaba en devorarse á sí misma convirtiendo su territorio en un estenso campo de batalla, mientras las ciencias y las artes todas yacian en el mas injusto abandono, nosotros, pobre raza proscrita y errante, perseguida en todos los reinos y castigada en todos los tribunales, conservábamos por tradicion los tesoros de sabiduría que nos legaron nuestros antepasados. Uno de esos estudios es el de la adivinacion, ni el vuelo de las aves, ni el curso de los astros, ni las entrañas de los animales son, como cree el vulgo, los libros en que leemos nosotros el destino de los mortales. Hay en la organizacion de todo individuo inequívocas señales de la grandeza ó pequenez de su espíritu, su porvenir se retrata en su fisonomía, y todo nuestro secreto consiste en sorprender estos signos que se escapan á la observacion del resto de los hombres. En tus ojos está ardiendo el fuego de la inteligencia,

en tu frente se dibujan los pliegues de la reflexion, en la sonrisa de tus labios hay una marcada expresion de astucia, y en las venas de tu mano he leído clara, distinta, inequívocamente tu pensamiento, tu idea dominante, tu aspiracion de todos los momentos de tu existencia, y esa idea, ese pensamiento, esa aspiracion, es el pontificado.

—Buena muger, interrumpió el jóven pastor cuyos ojos brillaban de entusiasmo, ignoro si vuestra ciencia es una preocupacion acrecentada por los siglos, una locura estraña de vuestra raza ó una verdad tan inconcusa como cualquier axioma matemático; pero vuestra voz en este momento solo ha sido un eco de otra voz misteriosa que todos los dias y á todas horas resuena dentro de mi alma, y que me grita con las mismas palabras que vos habeis empleado: «Felix Perretti, tú serás Papa.»

—¿Luego crees en mi vaticinio?

—Sí; creo en él firme y profundamente, creo en él porque tengo la conciencia de mi propio valor, porque me he trazado un camino en mi imaginacion, y tengo suficiente fuerza y energia para recorrerlo hasta el fin. Tomad, tomad este relicario, sagrado recuerdo de un amor purísimo, colocadlo sobre el pecho de vuestra hija, contadle cuando tenga uso de razon lo que ha pasado esta noche entre nosotros, repetidle mi nombre con frecuencia para que lo grave bien en su memoria, y el dia en que el infeliz guardador de cerdos tome posesion de la silla de San Pedro, que se presente á mí, que pronuncie el nombre de su madre, que me enseñe esta prenda que ahora os entrego y vuestra hija encontrará su fortuna, y vuestro pueblo tendrá en los Estados de la Iglesia una patria mas hermosa quizá que la que llora perdida.

La gitana besó llena de emocion la mano del jóven pastor, que pálido y tembloroso la estrechó repetidas veces entre sus brazos.

La niña, que habia despertado en este momento, clavó sus hermosos ojos en Perretti, sonriéndole con una indefinible expresion de ternura.

La infeliz muger puso el relicario del pastor sobre el pecho de la inocente criatura, y volviéndose hácia su interlocutor le dijo estrechándole la mano:

—Felix Perretti, acuérdate siempre de lo que tan solemnemente me acabas de prometer.

—Si llega á realizarse vuestra profecía, que cuente vuestra raza con la proteccion y defensa del Rey de la cristiandad.

Y Perretti, dichas estas palabras, abandonó la cueva precipitadamente, comprimiendo con ambas manos su corazon próximo á estallar de júbilo.

II.

Pasaron muchos años.

El cañon de Sant Angelo resonaba anunciando la eleccion del Pontífice que habia de suceder á Gregorio XIII.

La gente discurría alegre y bulliciosa por la ciudad.

Las campanas de todas las iglesias de Roma echadas al vuelo formaban un concierto encantador con los acentos de mil músicas y los gritos de entusiasmo que lanzaba el pueblo de la ciudad eterna.

Sabíase que el nuevo Pontífice, hijo de una familia oscura y miserable de Montalto, no llevaba al papado ningún compromiso de familia ni de otro género, con la nobleza turbulenta y desmoralizada de Roma, y que estaba resuelto á castigar sus desmanes y atrevimientos de una manera ejemplar y digna.

En efecto, á las pocas horas de haber sido elegido Papa, cuatro jóvenes de las bandas de ladrones que infestaban el país capitaneados por Malatesta y Piccolomini, fueron ahorcados en el mismo puente de Sant Angelo.

El pueblo comprendió que con Sixto V empezaba para Roma el reinado de la justicia.

Los Orsini, los Colona y toda la falange de nobles, cuyas mezquinas rivalidades tenían de sangre diariamente el suelo de los Estados Pontificios, temblaron de miedo detrás de los almenados muros de sus castillos.

Felix Perretti, que así se llamaba el nuevo Pontífice antes de serlo, era el mas anciano y enfermizo de los cardenales, tenia frecuentes accesos de tos, y marchaba apoyado en un baston y escesivamente encorvado hácia el suelo.

Aquella ancianidad era sin embargo fingida.

El dia que cantó su primera misa revestido con el hábito pontificio apareció de repente á los ojos del Sacro Colegio con toda la fuerza y robustéz de la edad viril. Irguió de pronto su cuerpo, arrojó lejos de sí el báculo en que se apoyaba, y con voz clara y distinta entonó en el altar del Vaticano el *Gloria in excelsis Deo*.

Cuando le preguntaron el motivo de esta estraña metamorfosis contestó: que habia deido en su juventud ir siempre con los ojos fijos en el suelo hasta que encontrase las llaves de San Pedro.

Su carácter, su origen y lo novelesco de su historia escitaron en su favor el interés del pueblo, dispuesto siempre á dejarse arrastrar por lo maravilloso.

Una escena que tuvo lugar el dia de su coronacion contribuyó á aumentar mas y mas el cariño que se le profesaba.

Al cruzar una de las galerías de su palacio salió de entre la multitud que las obstruía, una jóven de estraordinaria belleza, que arrojándose á sus piés comenzó á gritar con toda la fuerza de sus pulmones: ¡Viva Sixto V!

Los guardias y sacerdotes que rodeaban al Papa quisieron separar á aquella muger que tan bruscamente interrumpia la marcha de Su Santidad; pero el Pontífice dió orden de que se retirasen, é inclinándose hácia la jóven la preguntó clavando en ella una penetrante mirada.

—¿Quién eres y qué deseas?

—Santísimo Padre: contestó bajando los ojos llena de turbacion, soy una pobre gitana y vengo á recordar á Vuestra Santidad una promesa que hizo á mi difunta madre y que quizás haya olvidado.

—No te comprendo, replicó Sixto V, mirándola cada vez con mas estrañeza.

—Pues yo me esplicaré si Vuestra Santidad me lo permite.

—Ya te escucho.

—¿Conoce Vuestra Santidad este relicario?

Sixto V miró el objeto que le presentaba la jóven, lanzó una exclamacion de alegría y le tendió la mano que ella cubrió de besos arrebatada de entusiasmo.

—¡Viva Sixto V! gritaba el pueblo sin comprender el misterio de aquella escena.

—¡Viva Sixto V! repetía la jóven derramando un torrente de lágrimas.

—¿Es tu madre, preguntó á la gitana el Sumo Pontífice, quien te ha entregado este relicario?

—Ella misma, Santísimo Padre.

—¿Y qué te dijo al entregártelo?

—Escucha, hija mia, me dijo al tiempo de espirar, el relicario que llevas al cuello me lo regaló cierto jóven pastor á quien yo predije que seria Papa. Se llama Felix Perretti, el dia en que sea exaltado al Pontificado arrójate á sus piés y recuérdale su promesa.

—Está bien, jóven, exclamó Sixto V.

—Señores, continuó con voz alterada por la emocion y dirigiéndose á los cortesanos y cardenales que le rodeaban, la madre de esta niña, pobre gitana arrojada del suelo pontificio, me pronosticó cierta noche en una cueva de los Alpes, cuando yo guardaba cerdos, que llegaría á ser Papa; prométele yo en cambio, si el vaticinio salia cierto, dar acogida en los Estados de la Iglesia á esa raza desgraciada que

solo ha encontrado persecuciones y violencias en todas las naciones de Europa. Los gitanos y sus hermanos de desgracia y persecucion los judíos, encontrarán de hoy mas un asilo en mis Estados; quiero tener para con los infelices la tolerancia que mis antecesores han tenido para con esos bandoleros de familias antiguas, con esos ladrones de doradas espuelas, que han asolado y empobrecido el patrimonio de la Iglesia.

Estas pobres y miserables gentes contribuirán con sus trabajos y con su industria á enriquecer este pais sumido en la miseria. Desecaré las lagunas Pontinas y las de Orviato

para que puedan establecerse en aquellos territorios y cumpliré como primer hijo de la Iglesia los preceptos de caridad que enseña la religion del Crucificado.

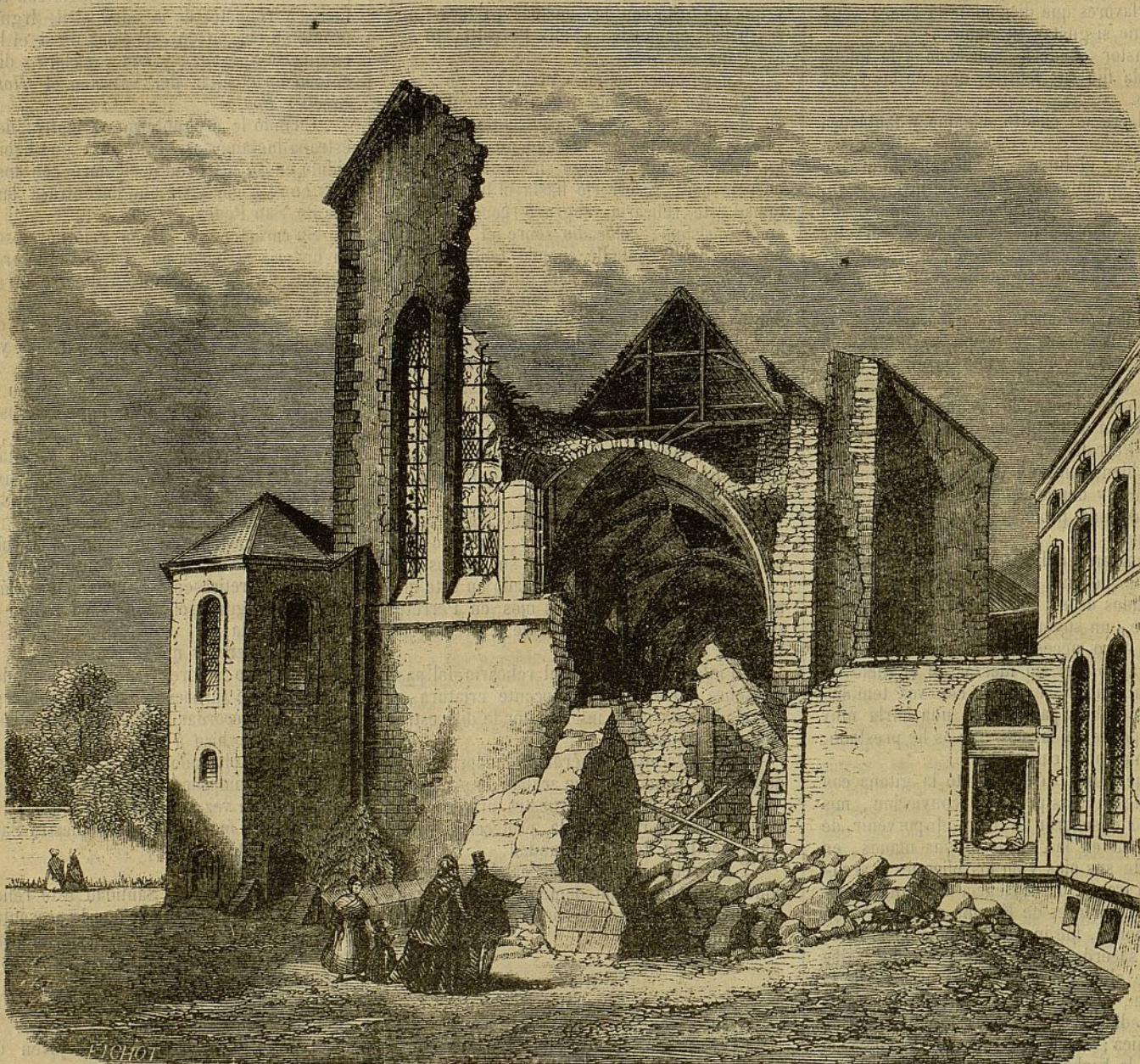
—Jóven, añadió volviéndose hácia la hermosa gitana, me quedo con este relicario que tiene á mis ojos un valor inmenso por las personas y los hechos que me recuerda. Te señalo una pension de mil escudos anuales.

—¡Dios mio! exclamó la jóven llena de entusiasmo, ¿y qué voy á hacer yo con tanto dinero?

—Obras de caridad, hija mia, obras de caridad cuyos frutos se recogen tarde ó tem-

prano; en tu raza hay muchas tristezas que consolar, muchas miserias que socorrer, muchos dolores que disminuir, y tú, bella, rica y virtuosa, puedes ser entre esos desgraciados la mano de la Providencia.

—¡Ah! sí, Santísimo Padre, os aseguro que desde este momento mi vida será un sacrificio continuado en favor de mis hermanos. Entraré en sus pobres cabañas, visitaré sus enfermos, consolaré sus amarguras y socorreré, en fin, todas sus necesidades. En nombre de Jesucristo y en el vuestro que sois su Vicario sobre la tierra, haré bien á todo el mundo y pondré tanto empeño en buscar des-



Ruinas de la antigua iglesia abadia de Echternach, (Luxemburgo)

(Véase pág. 128.)

graciados á quienes favorecer, como otros ponen en buscar seres felices para participar de su dicha. ¡Hay goces tan inefables en el ejercicio de la caridad!

—Los hay tan grandes, hija mia, que hoy y el dia en que salvé á tu madre de una muerte cierta, han sido los dos mas felices de mi existencia. Yo creo que el vaticinio de aquella noche que llenó mi corazon de orgullo y alegría, y el cumplimiento que ha tenido ese vaticinio son la recompensa que Dios me ha concedido por haber salvado á uno de mis semejantes. Quiera tambien el cielo que un reinado feliz

empleado todo él en servicio de Dios y en bien de mis pueblos, sea la remuneracion de lo que en este dia hago por tu raza.

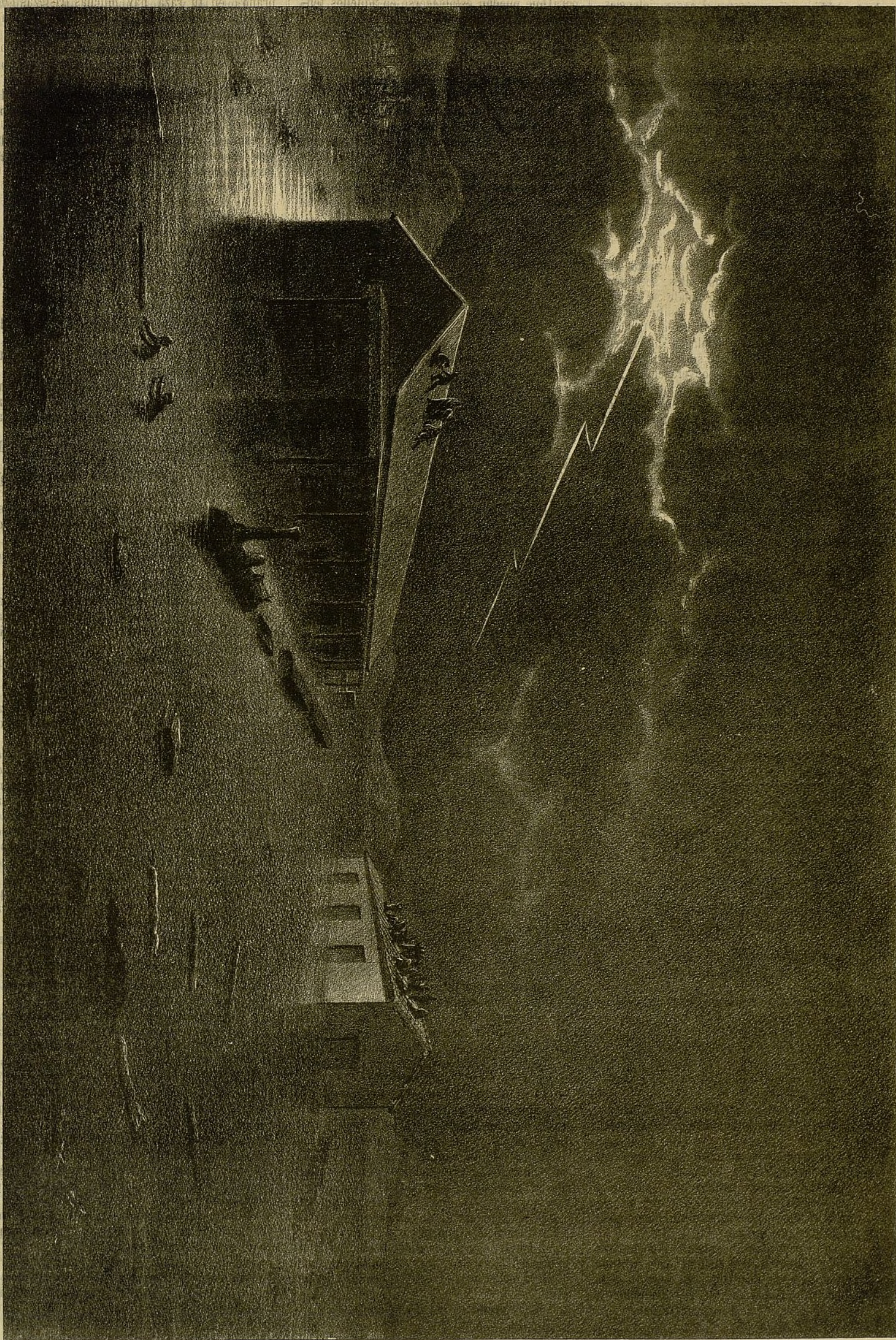
—¡Quiéralo el cielo! exclamó la jóven deshecha en lágrimas.

¡Quiéralo el cielo! murmuró tambien la multitud inclinándose con respeto.

—Para ello, continuó Sixto V, cuya voz temblaba por la emocion, roga á Dios por vuestro Pontífice como él ruega á todas horas por vosotros; amadle como él os ama, bendecidle como él os bendice. Y Sixto V, despues de haber echado la bendicion papal al pueblo, siguió su

interrumpida marcha en medio de los frenéticos vivas de la multitud.

No sabemos si de esta aventura brotó en su mente la idea de conquistar el Egipto y unir el mar Rojo con el Mediterráneo, lo cierto es que este pensamiento le ocupó durante una gran parte de su vida y le hubiera realizado á no haber tenido que emplear toda su actividad en destruir las numerosas bandas de ladrones que infestaban el pais, en tener á raya á la turbu-



Vista de la estación de Alcora y almacenes, en la noche de la inundación.

lenta nobleza, en aumentar el tesoro, que encontró agotado, en crear universidades, en construir navíos y en devolver, por último, al pontificado una parte considerable de su perdido esplendor.

La mayoría de los Pontífices, hijos de nobles y orgullosas familias, habían llevado al solio todas las preocupaciones de raza y educación; Sixto V solo llevó á él las virtudes y el sentimiento de justicia que forman el patrimonio exclusivo de los hijos del pueblo.

FELIX PIZCUETA.

MADRID.

Amanece por las mañanaras, se visita por las noches, se anda por las calles, se espera en las antecámaras, se engaña donde se puede, se toma en los cafés, se deja en las tiendas, se gana en el juego, se pierde en el trabajo, se juega en la Bolsa, se habla en el Ateneo, se engorda con la política, se escribe sobre el papel, se miente en las conversaciones, se come del presupuesto, se bebe en buenas fuentes, se sabe de buena tinta, se sube por los amigos, se vive sobre el país y se murmura en todas partes.

Al mismo tiempo la actividad de la población se despliega en un movimiento incesante.

Se hace y se deshace, se va y se viene, se sube y se baja, se entra y se sale.

Unos corren, otros vuelan, algunos nadan, bastantes culebrean, muchos saltan y todos se mueven.

Entretanto:

Visten los sastres, y los montes de piedad desnudan.

Curan los desengaños y los médicos inventan enfermedades.

Los hombres guardan la piel y las mugeres se despellejan.

Al aire no se le deja momento de reposo. Todos respiran.

Los que parecen mas prosaicos inspiran.

Los que parecen mas pacíficos conspiren.

Los que parecen mas humildes son los que más inspiran.

Unos suspiran y otros espiran.

Los sentimientos cansados de su esterilidad se han dedicado á obras útiles, tomando cada uno á su cargo diferentes ocupaciones.

Así es que el amor hace esquinas.

La caridad abre rifas.

La amistad vende.

La ambición dora.

La envidia corta sayos.

El dolor mismo es una mina de lágrimas.

La alegría pinta cielos sin nubes.

La esperanza fabrica castillos en el aire.

La tristeza es un inmenso almacén de tintas negras.

El cariño forja lazos.

El odio pasa su vida desatando nudos.

La desconfianza abre los ojos.

Pero la actividad humana no queda contenida en esos límites.

Una vez impreso el movimiento, la materia entra en acción estimulada por el ejemplo del hombre.

Es preciso ser ciegos para no ver que las casas son las que hacen las calles.

Que el agua hace ondas.

Que el cristal retrata.

Que el fuego es el fabricante mas activo de toda clase de cenizas.

Una piedra colocada en medio de una calle que parece inmóvil, está reflexionando profundamente y reuniendo todas sus fuerzas para derribar al primero que pase si tiene la impremeditación de no reparar en ella.

Una puerta cerrada es incansable; está siempre diciendo «atrás.»

Todo es aquí vida, animación y movimiento.

Los acontecimientos son los que permanecen inmóviles, y sin embargo ellos hacen algo.

Están detrás de la puerta empujándose unos á otros, porque ninguno quiere ser el primero en salir á la calle. Respetemos su pudor.

Todo lo mas que se permiten es correr en forma de rumores esparciéndose al anochecer y desapareciendo antes de que asome la luz del día siguiente.

Rumor es una cosa que no se sabe de dónde sale, y que no ha podido averiguarse todavía dónde se mete.

Se puede decir que es el eco de los pasos de los sucesos que se acercan.

El mar se oye antes que se vé.

Las tempestades se sienten antes que lleguen.

Cuanto mas confusos son los rumores que se escuchan, mas hondo es el abismo que se acerca.

Los acontecimientos mas graves tienen la costumbre de venir siempre sobre las puntas de los pies.

Cuando no se vé bien lo que viene, es señal de que es alguna cosa negra.

Trasportando el pensamiento de los oídos á los ojos, podemos explicar los rumores de una manera mas clara.

Rumores son las primeras oscuridades de la tempestad que se adelanta.

Y es extraño lo que sucede con la oscuridad.

Para verla bien es necesario cerrar los ojos.

¿Quién se le habrá muerto que anda eternamente de luto?

Ni los celos, ni el amor, ni la ira ciegan tanto como la oscuridad.

Afortunadamente estamos en la plenitud del siglo de las luces.

Dentro de una caja de cartón lleva el hombre el rayo de luz que rasga el velo de las tinieblas.

No puedo menos de llamar la atención sobre un fenómeno digno de estudio.

En el siglo de las luces es precisamente cuando mas los hombres chocan entre sí.

Ahora que todo se encuentra en perfecta iluminación, es cuando es imposible dirigirse á ninguna parte sin tropezar con alguien.

Los gobiernos andan á tientas.

Los pueblos no saben por donde van.

Las leyes se pisan.

Los ministerios caen unos encima de otros.

Los intereses chocan por todas partes.

La opinión pública siempre se extravía.

Parece imposible que en medio de tanta luz, los hombres no se puedan ver.

Es imposible que en el foco de tanta claridad apenas se distinga el talento de la audacia, la virtud de la desvergüenza, la verdad de la mentira.

Con tanta luz las mugeres se pierden, y no se encuentra un hombre. Las ideas se esconden, las palabras se vuelven atrás, y los hechos se oscurecen.

En medio de tanta luz no hay un ciudadano, por abiertos que tenga los ojos, que no necesite el lazarillo de algun periódico.

No hay un elector á quien no sea preciso llevar á votar de la mano.

¿Cuándo logra un pretendiente ver á un ministro?

¿A la autoridad se la vé en alguna parte?

Las situaciones no ven nunca su fin.

Tanta luz y todos suben sin que se pueda ver por donde han subido.

Sin embargo es preciso ser justos.

Se vé con claridad el dinero.

Se vé la luz de la oscuridad que nos rodea.

Por medio de esta confusión de luz y de sombras, todo se vé bajo sus distintos puntos de vista.

Lo que ayer era negro hoy es blanco, lo que antes fue bueno, hoy es malo, lo que ayer repugnaba hoy se ensalza.

Se vé venir.

Se vé medrar.

Se suelen ver las estrellas.

Se está viendo el hilo.

Se le han visto las orejas al lobo.

Se vé si cuela.

Se vé entre cortinas.

Se ven las caras.

Se ven las cartas.

Se ven muchas cosas que no habían podido verse antes.

Por eso nos vemos tan frecuentemente obligados á exclamar: ¡Qué cosas se ven!

Vemos bastante para no sospechar que dentro de poco no nos quedará ya nada que ver.

Mucho movimiento, mucha luz, mucha vida, eso es Madrid.

Movimiento que marea, luz que ciega, vida que mata.

Madrid: inmensa caldera donde hierven trescientos mil seres humanos.

Aquí aparecen todas las mugeres que se han extraviado; aquí se encuentran todos los hombres que se han perdido.

Madrid es bello como el vino y rico como el lujo.

En Madrid se vive muy bien.

Magníficos palacios, calles hermosas, paseos deliciosos, tiendas abundantes, fondas esquisitas, muchos teatros, innumerables cafés y mugeres hermosas.

Es imposible vivir mal donde hay todo esto.

La abundancia, la prosperidad, el lujo, la belleza y la elegancia se ofrecen por todas partes á la admiración y al deseo, convidando á los hombres á gozar y á ser felices.

Un palacio lo tiene cualquiera, las calles son para todos, las tiendas pertenecen al dominio público, en las fondas hay siempre una mesa esperándonos, los paseos no se niegan jamás á recibirnos, los teatros nos llaman todos los días, los cafés son nuestros, las mugeres se disputan el privilegio de agradarnos.

Ser vecino de Madrid es poseer un título, un derecho legítimo á la felicidad.

Así es que en Madrid no hay penas.

Están proscritas como un elemento contrario á la dicha universal.

La desgracia no asoma aquí por ninguna parte.

Los desgraciados desaparecen desde el momento en que empiezan á serlo y antes que empiecen á parecer que lo son.

Hay que ocultar los pesares como los remiendos en vestidos, como los rotos en la camisa, como los suspiros de las botas.

Para salir á la calle, cruzar los paseos, penetrar en los palacios y bullir en los cafés, es tan indispensable una sonrisa de satisfacción y de contento, como un sombrero de última moda.

La pobreza, que es el amor de las desgracias, se ha estirpado por medio de una ley sabia y profunda que ha declarado al pobre criminal, y al acto de pedir limosna delito de reclusión.

Los cojos disimulan su dolor, moviéndose por las calles con todas las contorsiones de la mas viva alegría.

A los tuertos se les ve guiñándose á sí mismos el ojo, como una señal que hacen á los demás de sus secretas satisfacciones.

Los ciegos no se atreverían á presentarse en público, si no tuvieran el recurso de sus alegres cantares.

¿Qué desgracia puede entristecer á un jobado cuando los sucesos mas tristes lo encuentran siempre encogido de hombros?

Mirad á esa caterva de mugeres perdidas que culebrean por las calles desmintiendo la desdicha de su vida con la sonrisa de sus labios.

Aquí no hay penas.

Un entierro es una fiesta.

Caerse en medio de una calle, es una gracia que á todo el mundo hace reír.

Un marido engañado, no es mas que un personaje cómico.

Una familia arruinada, es una cosa á la que se le echa tierra como á un cadáver.

Para entrar en Madrid es preciso dejarse á la puerta los pesares, como al entrar en el infierno de Dante habia que dejarse toda esperanza.

Una camisa limpia, un vestido elegante, una cara alegre y un par de guantes; hé aquí el pasaporte.

Se entra por diversas puertas.

Si tienes palabras que ofrecer, entra por las puertas del parlamento.

Allí tienes butacas, salones, recado de escribir, platos apetitosos, porteros, criados y un palacio.

Tienes el derecho de pedir desde la palabra hasta la presidencia del Consejo de ministros.

Tú no tienes que dar mas que tu opinion, esto es, quedarte sin ella.

Si no posees el don de hacer leyes, puedes tener muy bien el don de hacer cortesías.

Entonces entras por la puerta de la buena sociedad.

Tendrás palcos en la ópera, plateas en la zarzuela, lugares de preferencia en todas las diversiones públicas, mesas abundantes, coches suntuosos, cigarros superiores y soberbias relaciones.

Me vas á decir que no tienes dinero, y voy á contestarte.

¿Acaso los demás no son ricos?

Tú no tienes talento, eso es verdad, lo sé yo de buena tinta, pero esa es tu fortuna.

No tienes dignidad y esa es tu suerte.

No sirves para nada, precisamente tú eres el que mas sirves para todo.

Los lacayos son generalmente torpes, y la buena sociedad no estaria bien servida si hombres como tú no vinieran á ser sus piés y sus manos.

Oyeme:

Cuando la Condesa de tal necesite saber algo de lo que pasa en la casa de la Marquesa de cual, es preciso que se combine la circunstancia de que en aquel momento ibas tú á ir á su casa.

Es indispensable que tú sepas siempre lo que hace la Generala para que no lo ignore la Vizcondesa.

Hombre de juicio, tu mision es llevar la verdad de una parte á otra, por dura que sea, y darles á todos la razon que tú no necesitas.

Es preciso que sepas acercar un taburete, levantar una cortina y poner un abrigo.

Convienes que sepas jugar al volante con los niños que no tienen la necesaria discrecion para detenerse en el dintel de las puertas que están entornadas.

Colócate siempre entre dos amantes de manera que puedas acercarte á cualquiera de los dos con una cita ó con una advertencia.

Debe dolerte la cabeza siempre que te quedes solo con dos que pueden quererse.

Llama la atencion de la madre sobre cualquier objeto con tal que la obligues á volver

la cabeza en direccion opuesta á aquel palco del cual sale todas las noches una seña misteriosa ó una mirada equívoca.

Los pliegues de los vestidos, las vueltas de encaje y el valor de las joyas te deben ser conocidos. Tú lo has de explicar mejor que una modista.

Tu corazon sensible no puede negarse á que tiendas tus brazos al diminuto perrillo que se niega á cruzar á pié las calles del Retiro.

En estas cualidades tienes la llave de tu prosperidad.

Tú no sabes el interés que inspira el hombre que nos trae una noticia, un recado ó un billete.

¿A dónde irá el mundo galante sin tu indispensable persona?

Tú eres necesario como un periódico, útil como un cartero, preciso como un lacayo.

¿No vale todo eso un lugar en la mesa, un asiento en el palco, y un rincon en el coche?

Si quieres ser mas independiente y tener los palacios en tu casa, la mesa en tu comedor y los coches en tus caballerizas, entonces puedes entrar por las suntuosas puertas del deber.

Deber se ha creído que era el reverso del derecho. Definicion abstracta sujeta á diferentes opiniones.

Deber es no pagar.

La definicion ha de ser así, breve, clara y precisa. ¿Pero tienes por casualidad la desgracia de tener vergüenza?

Entonces dobla la cabeza, inclina el cuerpo como si fueras á besar la tierra y entra en Madrid por la puerta del trabajo.

Trabajar es ser útil, pero no es siempre ser feliz.

Si vienes á gastar tu dinero, ven.

Si vienes á disfrutar la fortuna de otros, ya debías estar aquí.

Si vienes á trabajar, no vengas.

Sobre todo, ven alegre, porque las penas, son las únicas cosas que aquí no pasan.

En Madrid se vive muy bien, porque los desgraciados están reducidos á no poder vivir.

Madrid es para los muy ricos que en todo se meten y para los muy pobres que los meten en el hospicio.

Los demás están aquí de paso, ó para la miseria, ó para la opulencia.

Esto es: para Madrid ó para San Bernadino.

J. SELGAS Y CARRASCO.



Á S. M. LA REINA DOÑA ISABEL II.

En sus días.

Desciende un punto de tu régio asiento
Reina Isabel, en tan solemne día,
Y oye á la España entera que te envia
Plácemes mil de júbilo y contento.

No desoigas por eso el cruel lamento
De los pueblos que en mísera agonía,
Víctimas lloran de la suerte impía
Y elevan hasta tí su triste acento.

Do el Júcar vierte su corriente ufana,
Lloran la esposa y el anciano padre:
Sé tú su amparo en su orfandad temprana:

Uniendo en uno porque mas les cuadre,
Al dictado de reina y soberana
El cariñoso título de Madre.

GERONIMO FLORES.

DIEZ Y NUEVE DE NOVIEMBRE.

En el aniversario de la muerte de mi muy querido padre

Don Antonio Delgado Toledano.

Al pié de un lirio de azules tintas
Hay sobre el cesped puesta una cruz,
Que el sol de ocaso con ígneas cintas
Le presta suave su última luz.

No hay ni sembrados, ni rojas mieses
Sino el misterio y la soledad;
Lánguidos sauces, altos cipreces
Imágen viva de mi orfandad.

Y allí encerrado tengo un tesoro,
Trozo del alma, mi dulce bien;
Única prenda que ciego adoro,
Y que me mira desde el eden.

Amor profundo que en dulce pena
Jamás olvida mi tierno amor,
Cuyo recuerdo mi pecho llena
Y que es el iris de mi dolor.

Que en mi continua letal tristeza
Y al ahuyentarse mi sonreír
Con su silencio, con su grandeza
Brotan mis lágrimas, que es mi vivir.

Y es una blanca marmórea losa
Que baña tibia del sol la luz,
Donde mi amante padre reposa
Bajo el amparo de santa cruz.

¡Ay! cuán amargas mis ojos brotan
Como recuerdo de amor filial,
Ardientes lágrimas que el alma embotan
Con su amargura negra y fatal.

¿Cómo mi pecho padre se oprime
Por no poderte jamás ya ver,
Y como el alma llorosa gime
Llegue el instante del ya no ser!

¿Cómo á Dios ruego, cómo ambiciono
Llegar del mundo, padre, al confin!
Y allí sumisos bajo su trono
Al Dios eterno mirar sin fin.

Y en su palacio de lumbres bellas
Que ante sus plantas son girasol;
Y cuya alfombra brodan estrellas,
Y cuya frente corona el sol.

Donde perfumes sábeos se aspiran,
Y en sus espacios se ven cruzar
Ángeles bellos que amor suspiran
Con armonioso dulce cantar.

Allí ante el trono del siempre santo
Y el alma, padre, presa en su luz,
Levantaremos eterno canto
Por el que amante murió en la Cruz.

DÁMASO DELGADO LOPEZ.

LAS MARIPOSAS.

SONETO.

¡Cuán bellas por la mágica pradera
Volando en leves giros seductores,
Libais el néctar de las dulces flores,
Hijas de la fecunda primavera!

¡Mas ah! ¡que si una llama lisongera
Os brinda con sus falsos esplendores,
A vuestros castos, célicos amores
En breve el sueño de la muerte espera!

Así mis ilusiones cariñosas
De la esperanza ante el fulgor sereno
Fueron un día amantes mariposas,

Que al dejar su crisálida en mi seno,
Un solo instante cándidas brillaron,
Y en frágiles cenizas se trocaron!

SALVADOR LOPEZ GUILARRO.

Madrid 1864.

LA HIJA DEL CORONEL DESPARD.

NOVELA ORIGINAL

D. ALEJANDRO BUCHACA Y FREIRE.

(Continuacion).

El coronel Despard, que como padre se habia desmayado en presencia de su hija querida, ni siquiera palideció ante la del público. En su

rostro, sin manifestar orgullo, se pintaba la serenidad que debe tener un militar en estos casos, mayormente citando iba á morir por la santa causa de la libertad y de la independencia constitucional de su patria.

Con un valor y resignacion sin egemplo llegó al cadalso, dirigió una serena mirada á la muchedumbre y con una voz entera y simpática dijo:—Pueblo de Londres: Nos hallamos tan inocentes del crimen que se nos atribuye, como lo son muchos de los presentes á quienes me dirijo. Los ministros de S. M. se hallan convencidos de ello, pero se aprovechan con gusto de esta ocasion para deshacerse de hombres, que como nosotros, somos amigos de la verdad, de la libertad y de la justicia; y hemos osado creer que estos santos principios llegarían á triunfar de la falsedad, del despotismo y de la iniquidad. Y por esta razon muero con la conciencia tranquila y sin un remordimiento en el alma. Adios.

Levantó los ojos al cielo, perdonó con generosidad al verdugo, y á los pocos instantes habia dejado de existir.

Francis y Wood le sucedieron muriendo tambien en breve rato.

Pasado un cuarto de hora, cuando los cadáveres ya habian perdido el calor vital, fueron decapitados, dejando sus cabezas espuestas al público por espacio de seis horas para escarmiento de sediciosos.

Mucho sentimiento causó á todos los espectadores la muerte de Despard, pero el horror del crimen que le suponian les hablaba mas fuerte todavía. Y como los ingleses, generalmente creen delincuente á todo el que es acusado, decian que era muy justo aquel escarmiento. Cuando la historia de la jurisprudencia nos cuenta muchos casos de haberse castigado á acusados inocentes con las mayores apariencias de culpables.

V.

¿Y cuál era en aquel momento la situacion de la desgraciada Elena? Sola, deshecha en lágrimas se encontraba en su casa, dentro de su cuarto, arrodillada invocando la proteccion del cielo.

Sergent Best y el sacerdote fueron á visitarla, y al encontrarla en aquella actitud no pudieron menos de llorar tambien con ella.

—¿Ha muerto mi padre? preguntó la jóven dolorosamente.

—Ya está en presencia de Dios, contestó el sacerdote; la esperanza y la fe me revelan que el Señor le ha recibido en sus brazos. Pues ha vivido como un héroe y ha muerto como un cristiano.

Ahora, Miss Elena, interrumpió Sergent Best, es preciso cumplir su postrera voluntad. Nosotros somos los encargados de arreglar vuestras cosas.

—Mandad, que estoy pronta á obedecerlos.

—Debeis por de pronto descansar, acostaos; Juana y Damian se quedan en esta casa para cuidarlos. Mañana saldreis de Londres é ireis á pasar en una quinta los primeros dias de vuestro luto. Dispondremos de cuanto queda en casa, y despues yo mismo os acompañaré á París para dejaros al lado de vuestra tia.

—Gracias, contestó Elena, y se retiró obediente á descansar.

Sergent Best y el sacerdote mandaron á Damian que no dejara entrar en casa á ninguna persona que no fueran ellos, y á Juana que no se separara ni un instante del lado de su señorita.

Aun estaba presente el horroroso espectáculo de los decapitados, cuando se dirigian al rey mil mensajes de felicitacion. La cámara de los Lores y la de los Comunes dirigieron tambien las suyas. En la que presentaron los Comunes atribuíanse las ideas de Despard á maquinaciones contrarias á la libertad práctica y á la existencia de la autoridad regular, como

tambien á destruir el bienestar y seguridad de todas las clases de la nacion.

Otras muchas representaciones emitian el júbilo y la fiel adhesion del pais á su soberano, siendo la *corporacion* de Londres la que mas que ninguna otra patentizó el entusiasmo de que se hallaba poseida.

¡Cuán propio es de la ignorancia de los pueblos alegrarse por la pena que se le impone al hombre que trata de salvarles!

Pero volvamos á Elena. Al dia siguiente, por un descuido involuntario del criado, un hombre entró sin ser visto en la casa, dejando á otros tres en la calle aguardando que éste hiciera una señal convenida para entrar tambien en ella, apoderarse de Elena y llevársela violentamente. El hombre y los tres que aguardaban eran Iban y sus cómplices de S.^t Giles.

Iban llegó sin obstáculo hasta el sitio en donde estaba Elena, y no hallándola sola, quiso hablar antes de dar la señal á los que aguardaban en la calle. Juana al verle quedó muda y sin fuerzas para gritar; Elena al reconocerle cobró un vigor varonil y le dijo con entereza:—Si no os vais de aquí inmediatamente yo misma os arrojaré. ¡Malvado, apartaos de mi presencia! Y Dios no os tenga en cuenta el mal que me habeis causado.

—Elena, Elena! dijo Iban. ¿Será posible que nunca creais en el amor que os profeso? ¡Sois pertináz en extremo! ¡Cuando tanto os amo, cuando solo pienso en vos, cuando sois mi única esperanza, cruelmente me rechazais! —¡Marchad! gritó Elena.

—No será sin que te obligue á seguirme, dijo Iban para sí, y sacando un puñal que llevaba escondido se resolvió á matar á Juana para que no declarase, y á dar la señal convenida á los que estaban en aguardo. Tal hubiera podido suceder cuando llegó Sergent Best acompañado de un escribano para inventariar los muebles de la casa, y de dos hombres peritos tasadores para que los valoraran.

Sergent Best fue el primero que entró en la habitacion, y á cuyo tiempo Iban sacaba el puñal. Con una velocidad cual la del rayo Sergent Best lo conoció, y agarrándole fuertemente dió con él en el suelo. Elena y Juana dieron un grito de espanto. El escribano y los peritos acudieron á las voces.

—Aquí, señores, dijo Sergent Best, sujetemos bien á este hombre, sed testigos que le habeis visto en casa agena y con un puñal en la mano, sin duda para asesinar á estas pobres mugeres.

El escribano se echó tambien sobre Iban y le quitó el puñal que todavía tenia en la mano.

—Damian, Damian, llamó Sergent Best, entrad.

El criado entró.

—Id inmediatamente á llamar á la policía para que se lleve preso á este hombre.

El criado salió para cumplir lo que se le habia mandado. Entretanto los peritos desataron un grueso cordon de seda que colgaba de la campanilla de la habitacion y con él ataron fuertemente las manos á Iban, mientras que el escribano le puso un pañuelo en la boca para que no gritara.

Como en Londres el servicio de la policía está muy bien organizado, no habian trascurrido diez minutos cuando el criado volvió con dos vigilantes que se llevaron á Iban á la cárcel.

Los cómplices de Iban se fueron en cuanto vieron volver al criado con la policía.

Sergent Best se enteró de todo cuanto habia sucedido, y dió una fuerte reprension al criado porque habia descuidado sus órdenes. Y para precaver que se volviera atentar contra la seguridad de Elena, dispuso que un criado suyo guardase la portería, y que Damian registrara de hora en hora todas las habitaciones de la casa.

Aquel mismo dia, á las ocho de la noche, salió Elena de Londres para la quinta de Sergent, acompañada por el mismo, Juana, Damian y el otro criado.

Llegaron á la quinta, y Sergent Best presentó á Elena á su esposa que estaba allí restableciéndose de una grave enfermedad que habia padecido. Esta señora era en extremo cariñosa y se compadeció de la desgraciada jóven cuyo candor é inocencia llevaba marcados en su bello rostro.

Mrs. Best, esposa del abogado, con objeto de distraer á la huérfana le dispuso una bonita habitacion decorada al estilo de Italia, con muy buenos muebles, y que tenia muy buenas vistas al campo.

Con motivo de lo que habia sucedido por la mañana con Iban, Sergent Best ordenó que Juana durmiera en la misma habitacion que Elena, y que hubiera constantemente en la antesala un criado que no permitiese la entrada á nadie que no fuera de la casa.

(Se continuará.)

IGLESIA DE ECHTERNACH.

La lámina que damos hoy en este número, representa la antigua iglesia abacial de Echternach, en el gran ducado de Luxembourg, por la parte exterior del coro, por donde ha empezado á arruinarse.

La iglesia actual está construida en el cuerpo de una antigua basilica, y la nave principal formada por los dos muros longitudinales del antiguo monumento. La primera fila de ventanas, figuradas, y formando grupos de tres, son de arcos separados por dos columnitas; y las segundas por cima de las primeras en ogivas caladas, no dejan apenas entrar la luz del dia en su recinto.

La parte inferior de las dos largas murallas está calada por uno y otro lado con arqueados pórticos, que descansan alternativamente sobre pilares cuadrados, ó sobre columnas de origen romano, que se presume haberse encontrado en los alrededores, donde se han descubierto cimientos y mosaicos de ciudades romanas. Por estos pórticos dos naves laterales comunican con el cuerpo principal. Los restos de su artesonado, en su primitiva forma, están prendidos en sus estremidades, ya podridos, por cruceros de madera y nuevos machones que sostienen su armazon. Las labores que ornan la parte superior de sus muros se ven aun todavía, bajo de la gótica bóveda, y sus molduras descansan encima de sus pilares. Los muros laterales han desaparecido para servir á la construccion en la parte Nord-este, á un grande pórtico flanqueado por dos campanarios: por el lado opuesto ha sido prolongada la nave principal, y á derecha y á izquierda de esta prolongacion, se levantan otros dos campanarios de iguales dimensiones que los anteriores. De estos cuatro campanarios, solo el de la derecha de la puerta está todavía en pié. Al final de la prolongacion, el nuevo edificio está cerrado por el coro, por mitad destruido. Todo el edificio, sin contar el pórtico que desapareció y fue reemplazado por un portal, hasta el extremo que cierra el coro, puede haber medido 75 metros.

Por todo lo no firmado:

LUIS FABRA Y CAVERO.

PROPIETARIO D. G. F.

Editor responsable: D. Manuel Alufre.

Imprenta de José Rius, plaza de San Jorge, 3.